

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

"Por quedarme más sólo le he dicho adiós a mi alma".

ALBERTO ANGEL MONTOYA

ik 1382105
HAY UN CIPRES AL FONDO
ALBERTO ANGEL MONTOYA.

Nos viene hoy, desde la congelada orilla del ayer un libro de poemas de Alberto Angel Montoya. Como siempre por su poesia de Alba descalza y niña, pasa su eterno motivo: LA MUJER así con mayúcula. Porque este lírida colombiano no podría entender ningún mensaje poético sin la presencia de esa criatura milagrosa —de signos cruzados—, que mucho tiempo después de haber muerto el corazón nos trae un vago perfume diluido y abscondito. Pero para Alberto Angel Montoya, el fino dandy de ayer, cuya aristocracia se diluía lentamente en alas burbujas del vino triste, ha pasado la hora exacta en que en el reloj de la vida, llega la grácil teoría de palomas de pico bermejo para abrirnos el joyel de sus ercotismos o la lenta caricia que nos lleva Mar adentro, hacia los boquebots del ensueño.

Angel Montoya, el caballero "que partiera en dos el siglo veinte", se encuentra ya en esa hora de ceniza, cuando en vez de sostener en la mano un ramo de rojos claveles, llevamos el Ecliatés o un puñado de ceniza... El gran poeta, en cuyos ojos cayó la bruma para siempre, ya no saldrá nunca más en su fino alazán de enjutos cascós sonoros por sus antiguas haciendas de la Sabana de Bogotá. Tampoco al lado suyo una mujer en cuyos ojos bailan alegres las luces del día con sus propias luces desnudas de amor, irá partiendo con él ese pan de la vida, esa cotidiana moneda de dulzura que se tornará un poco más tarde, a la hora del desengaño sentimental, en una aceda melancolía sin orillas. El viento sabanero no quebrará las dulces cerezas del léxico amoroso, cuyo arrullo baja hasta los sepulcros de huesos que retornarán un día en coro de alabanzas, ni nos dará el paisaje del caballero y la amazona, perdido para siempre en el ayer, en el tiempo dorado de la crinolina, los vals de Strauss y el romanticismo de Figaro. Ahora los paisajes, —humildes copistas sin relevo—, sólo copian tractores, o esos veloces automóviles, tan rápidos como el amor de estos tiempos, que no alcanza a durar las veinticuatro horas de un día.

Angel Montoya está viajando por la noche de su ceguera pero sus ojos vacíos, ciegos como los de la estatuaria griega, se han vuelto hacia el paisaje interior, hacia el triste camposanto de los recuerdos. Por eso su poesía de hoy es más dolorosa pero más cargada de substancia humana, de fermento doloroso de raíz rota. El poeta ha escrutado su ayer, con su escafandra de buzo silencioso. Las madréporas y los corales, apiñados defendiendo el dolor de la perla y su divina esencia. Por eso en sus últimos poemas, ese príncipe de la vida de la galantería y de la mujer, que fuera Alberto Angel Montoya, se encuentra ya depurado, macerado en tinajas de nostalgia. Es como si se hubiera sentado —peregrino de su propia ruta—, al pie de un arbolillo virulento, cuyas ácidas esencias se entrasen en su alma. Regresa ahora, por el dolor a su propia soledad magnífica. La poesía pierde espuma, brillo de oropel, para convertirse en esencia. Es la densidad de la Muerte, la hora crucial de marcar con tenaces cruces de sombra, el calvario del último viaje. Angiguas voces nos nombran en la noche. Los cipreces melancólicos se han vestido de guardia para el río de los ataúdes que viajan sin pasaporte de retorno. No hay luz física para el poeta, pero en cambio su alma está iluminada, cruzada de luces y de esas claridades fosforescentes que vimos una noche navegando en el Océano Pacífico rumbo a Chile. Cuando se entabla el diálogo de cristal entre el lucero y el pez multicolor.

Pero siempre pasa la mujer por esta poesía del gran colombiano. No espera nada de ella. Sus frutales caricias serán para otro. Su leve arquitectura como un mármol animado, no vendrá a decirle al poeta la palabra que hincha el velamen gozoso de la juventud. Y levanta las velas latinas de una marinería de infancia. Pasa la mujer, con su voz de oro, en busca de triclinios dorados, de hombres que esperan para caer después en la melancolía... Para el poeta ha pasado esa hora. Sostiene su cáliz de amargura entre las candidas manos y cerca de él, rota, está la copa del vino. El perro fiel mira caer la tarde en su ternura buena.

Pero el poeta está en sus túneles de ceniza y de sombra, buscando a la mujer como recuerdo. Y ésta, por la gracia divina de su verso, aparece hechizada, detenida frente al espejo de su juventud, eternamente renovada como la tierra, como el amor, como la muerte.

Alberto Angel Montoya con sus ojos ciegos, mira la vaga noche y sueña en el ayer. Más allá, en la zona del Miedo, el ciprés del tiempo perdido, está esperando para la vigilia de Dios.

Ofrecemos hoy a nuestros lectores, tres sonetos al amor del libro *Hay un Ciprés al Fondo* de este gra poeta colombiano.

LOS TRES SONETOS AL AMOR

I — SONETO AL AMOR — (1927)

*CUANTAS veces, amor, por retenerte
puse a tus pies mi juventud rendida.
Y cuántas a pesar de estar herida
te la volví a entregar por no perderte.*

*Cuántas veces también, altivo y fuerte,
por alcanzar la gracia prometida,
me batí frente a frente con la vida,
o me hallé cara a cara con la muerte.*

*Y hoy, cuando mi ilusión vuelve a tu lado
trayéndole al misterio de tu hechizo
la pluma azul del pájaro encantado,*

*torna otra vez a mi pupila el lloro
al mirar desde el puente levadizo
que está cerrado tu castillo de oro.*

II — NUEVO SONETO AL AMOR — (1946)

*ESTE dolor de amor que me fue dado
a cambio del amor que di sin tasa,
para el olvido que al amor traspassa
ya tiene el corazón crucificado.*

*Esta sangre fluyendo del costado
será al placer de ese otro amor que pasa,
dolor que hiere y júbilo que abrasa:
otro amor a nacer para olvidado.*

*Herir el gozo a que clamando aspira.
Sufrir gozando de saberse herido.
Oh amor con su verdad y su mentira.*

*Toda la angustia del amor perdido,
y el gozo triste que al amor le inspira
poder de corazón hacer olvido.*

III — ULTIMO SONETO AL AMOR — (1950)

*HIERE más fuerte amor, hiere más hondo
que aún en tu dardo está toda mi vida.
Para que goces con tu propia herida,
ni el alma oculto, ni la llaga escondo.*

*Mira un momento hacia el ayer. Al fondo,
otra —aquélla— desángrase vencida.
Trasfúndcle la sangre de tu herida,
y por lograrlo, amor, hiere más hondo.*

*Qué triste fue nuestro placer, qué vano.
Oh, carne con sus rosas y racimos,
manjar para el necrófago gusano.*

*Y ha de ser el final lo que quisimos
desde un tiempo, oh amor, ya tan lejano.
Mas vencidos, amor, nos redimimos.*

LA CASTAÑA—

Fernando Ponce de León P.
Novela.

Este escritor colombiano que ha publicado ya dos obras "Tierra Asolada" y "Matías", nos presenta ahora este nuevo fruto de su ingenio. En puridad de verdad no podría decirse, con esa hipérbaton colombiana que ha frustrado tantos talentos, que se trata de un escritor "hecho y derecho", un novelista que ha cuajado y cuya obra pertenece ya a la galería de grandes escritores americanos. En esto de novela es preciso ser muy cautos. Porque, después de tantos años de considerarnos un pueblo letrado, en materia de novelistas solo muy poco hemos aportado a lo que pudiera ser un balance rígido de la materia. Rivera Carrasquilla, Rendón. Y nombres que, por diversas consecuencias, no dieron lo que con justo título podíamos esperar de sus condiciones intelectuales. César Uribe Piedrahita, Eduardo Zalamea, Bernardo Arias Trujillo. Y otros más, Caballero Calderón, quien, debe continuar la línea ascendente del *Cristo de Espaldas* y *Servo sin Tierra*.

Pero volviendo a Ponce de León, esta novela suya, a nuestro juicio, es inferior a "*Matías*". En esta última hierve la humanidad; sus dolencias lastradas, el frustramiento, la miseria suburbana, personajes rotos, aciajos, que viven y crecen en un medio mefítico, comidos literalmente por la miseria física y espiritual. Una novela fuerte, pero rica de tipos humanos, ya que desde el primer capítulo hasta el último, vemos esa gusenera humana, ese hacinamiento en el tugurio, esa lepra moral que todo lo cubre y devora.

En *La Castaña*, los personajes son comunes, los conflictos que presenta el novelista, enraizan con el costumbrismo, quedan desdibujados entre la bruma literaria. Les falta mayor fuerza y algo de sentido creacionista, de golpe maestro, como en *Matías*. Sin que deje de ser mejor este libro en el sentido puramente literario, pues, ha mejorado mucho en la corrección del lenguaje, presentándolo en mejor calidad formal.

Queda, pues, la tierra como personaje. Pero ya estamos un poco fatigados del paisaje como personaje. Necesitamos vaho caliente de humanidad, una tipología rural como aquella que se mueve en las grandes novelas modernas de ecuatorianos, peruanos, guatemaltecos, mexicanos, brasileros, argentinos y uruguayos. En Dostoiowski valga un ejemplo, no aparece el paisaje prácticamente. Allí todo es alma, misticismo, personajes que caminan por un páramo llevando a cuestras sus pasiones malditas con universal pesadumbre. Esto es lo importante. El paisaje se lo podemos dejar a los poetas.

En todo caso, esa nueva obra de Ponce de León, si no superior a las anteriores, mantiene vigilante nuestra atención porque tiene garra y poder para una obra anchurosa, de la que esperamos de su talento.

ARTE LITUANO—

Por Estanislao Gostautas S.

EDITORIAL BEDOUT - MEDELLIN.

Nos tropezamos aquí con una obra verdaderamente original para los colombianos. Esta obra, pacientemente elaborada, por uno de sus hijos nostálgicos

Estanislao Gostautas, nos viene a descubrir un mundo maravilloso de arte. Por estas páginas sobrias, escritas con dignidad intelectual, pasa el espíritu del pueblo lituano, enamorado de las mejores creaciones artísticas y enfervorizado con leyendas, recuerdos, gestas y un rico folclor que viene precisamente de la anchurosa veta de una nacionalismo fuertemente arraigado y que ha tenido que soportar la pezuña comunista y también anteriores dominaciones polacas. Pero el alma de Lituania ha permanecido firme y se ha vengado de sus verdugos por medio de una vasta obra de arte que resiste incólume el paso de los tiempos. Todo lo que ha dado a Europa el arte lituano, original, fresco, con olor a bosque y a tierra removida, está presente este libro que, en adelante, será de obligada consulta para quienes se preocupen por conocer el espíritu de una nación culta, católica y rica en secretas fuentes interiores de pasión por la belleza plástica, por la danza sagrada, por la música, por el vestido como índice nacional, en fin, por todo aquello que lindera y fija los perfiles individuales de una poderosa nacionalidad.

Allí el genio musical de Nicolás Constantino Ciurlonis, el Chopin de Lituania. La pintura, fuerte, poderosa de Adam Galdikas, pintor universalmente reconocido como un maestro; Jonás Rimša, que descubrió el alma boliviana, la pesadumbre de su raza, su resignada tristeza milenaria; Gustavo Petraviciuzs, Adan Varnas, Paulo Puzinas, mago de la paleta, Pedro Kiaulenys y toda una teoría de pintores clásicos, modernistas, abstractacionistas, vigorosos en su peculiar mensaje. Y la escultura como floración de la raza. Y ese universo de cruces lituanas, arrancadas al alma vegetal de los bosques y que pregonan en todo sitio, la religiosidad de un pueblo maravilloso que hoy gime bajo el cautiverio moscovita. El autor de esta obra le ha hecho un positivo favor a la cultura universal. Y particularmente a los colombianos, porque hemos descubierto un fino universo espiritual que constituye un testimonio, una viva presencia, un mensaje cargado de destino y detenido frente al tiempo como un acantilado prodigioso.

MUCHO EN SERIO Y ALGO EN BROMA—

Por Julio Holguín Arboleda.

Editorial PIO X - Limitada.

Este libro de don Julio Holguín Arboleda reconstruye, con asombrosa fidelidad, el retrato espiritual y humano de toda una época

colombiana. Holguín no entra a presentarnos sesudas conclusiones sociológicas. Carece de erudición y método investigativo. No se adentra como un psicólogo por el alma de sus personajes. Sencillamente los deja hablar y en esta forma ha logrado un éxito que no se le puede escatimar: El darnos la figura humana en su entera presencia, sin desdibujamiento literario. Son personajes que se sientan en torno de la mesa cordial a la

cual los ha invitado don Julio Holguín. Y nos entregan su caliente intimidad, sus afanes, esperanzas, frustramientos, sin necesidad de elucubraciones o difíciles sesgos intelectuales.

Un grupo de colombianos que hicieron y padecieron la Historia Patria. Pero no una Historia de museo, apergaminada y sin vida. Sino esta otra de las anécdotas, del gracejo chispeante, de la tertulia, del festivo decir del alma humana enredada en las cosas y hechos de diario fluír. Colombianos que se dividieron el pan de la esperanza nacional con un delirante quijotismo que obraban con pulcritud y desinterés, que tenían, ellos sí, una visión hermosa de la vida, del hombre nuestro, de las posibilidades de un pueblo que, en aquella época apenas estaba sumergido en la bucólica existencia, sin afanes de industrialización y enamorado de cosas sencillas y frutales.

Y se eleva la figura de don Jorge Holguín un espejo de caballeros, un señor de rancia estirpe, que creía más en el ingenio, la sutileza, las buenas maneras, que en la violencia, en el odio político, cuyos vivaques humeantes aún pregonaban la esterilidad de matarnos por palabras o por conceptos filosóficos venidos de ultramar. Todos aquellos amigos de don Julio Holguín y este mismo, duermen ya definitivamente. Cenizas heroicas de quienes nos dejaron un ejemplo viril de amor a Colombia y de suspirada emoción por las ideas, servidas con amor y lealtad.

Este libro, ameno, rico en colorido, jugoso en anecdotario, es un bien que se le ha hecho a la Patria tan necesitada precisamente de la concordia y el noble entendimiento entre todos sus hijos.